

pedras preciosas, etc., ademas de las ofrendas del vulgo de los fieles. El trono solo, regalo de un rey de Persia, de oro macizo, embutido de perlas y diamantes, era de incalculable valor. Cada principe envia una corona de oro, guarnecida de pedras preciosas, para suspenderla de la bóveda de la capilla, y eran innumerables las que habia cuando Ebn Sihoud la despojó: — un solo diamante, del tamaño de una nuez, puesto sobre la sepultura, valia inmensas sumas. Cuando se considera lo que los siglos habian acumulado en aquel punto único, no sorprende que el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pedrerías, amen de los objetos de oro y de plata macizos. Calculando aquellos inmensos tesoros, y los diezmos que recauda todos los años sobre sus aliados, creo que se le puede considerar como el monarca mas rico de la tierra, sobre todo si se atiende á que no tiene casi ningun gasto que hacer, á que prohíbe severamente el lujo, y á que en tiempo de guerra cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos y soporta todos los gastos y pérdidas sin obtener jamás la menor indemnización. Al dia siguiente me sentí tan contento de haber recobrado mi libertad, que fui á pasearme todo el dia, y á visitar despacio á Dankisch y sus cercanías. La ciudad, construida toda con piedra blanca, contiene siete mil habitantes, casi todos

parientes, ministros ó generales de Ebn Sihoud. No hay entre ellos ningun artesano; los únicos oficios que ejercen son los de armero y herrador, y aun de estos menestrales hay muy pocos: no se encuentra nada que comprar, ni aun para comer. Cada cual vive de lo que tiene, es decir, de un huerto ó unas tierras que producen trigo, verduras y frutas, y mantiene algunas gallinas; sus numerosos rebaños pastan en el llano, y todos los miércoles, los habitantes del Yemen y de la Meca acuden á trocar sus mercancías por cabezas de ganado: esta especie de feria es el único comercio del pais. Las mugeres salen sin velo, pero se echan su machla negro sobre la cabeza, lo que les hace poquísima gracia, prescindiendo de que generalmente son muy feas y morenas en demasía. Los huertos, situados en un gracioso valle junto á la ciudad, hácia el lado opuesto á aquel por el que habiamos llegado, producen las mas esquisitas frutas del mundo, bananas, naranjas, granadas, higos, manzanas, melones, etc., entre la cebada y el maiz. Los riegan con particular esmero.

Habiéndonos llamado de nuevo el rey al dia siguiente nos recibió muy bien y me hizo muchas preguntas acerca de los diversos soberanos de Europa, particularmente sobre Napoleon, á quien profesaba una veneracion sin límites. La rela-

ción de sus conquistas hacia sus delicias; por fortuna mis frecuentes conversaciones con el señor Lascaris me habian puesto en situacion de darle muchos pormenores. A cada batalla esclamaba:

— « Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que está en comunicacion íntima con su criador, pues que este tanto le favorece. »

Luego, mostrándose de cada vez mas afable conmigo y mudando de conversacion:

— « Abdalla, prosiguió, quiero que me digais la verdad: ¿cual es la base del cristianismo? »

Conociendo las preocupaciones del Wahabi, temblé al oír esta pregunta, pero despues de rogar á Dios que me inspirase:

— « La base de toda religion, oh hijo de Si-houd, le dije, es la creencia en Dios; los cristianos creen, como vos, que no hay mas que un Dios, criador del universo, que castiga á los malos, perdona á los arrepentidos y premia á los buenos; que él solo es grande, misericordioso y omnipotente. »

— « Bien está, dijo, ¿pero cómo haceis oracion? »

Recítele el *Padre nuestro*, que hizo que le escribiese un secretario, le leyó y se le metió en la chaqueta; luego prosiguiendo mi interrogatorio,

nos preguntó á qué lado nos volviámos para orar.

— « A cualquiera, respondí, porque en todos está Dios. »

— « En eso os apruebo enteramente, dijo; pero debéis tener preceptos como teneis oraciones. »

Recítele los diez mandamientos dados por Dios á su profeta Moises, que no le eran desconocidos, y prosiguiendo sus preguntas:

— « Y á Jesucristo, ¿cómo le considerais? »

— « Como á la palabra de Dios encarnada, como al verbo divino. »

— « Pero ¿fué crucificado? »

— « Como verbo no pudo morir, pero como hombre padeció por culpa de los malos. »

— « Perfectamente; ¿y respetais el libro sagrado que Dios inspiró á Jesucristo? ¿seguis puntualmente su doctrina? »

— « Le conservamos con el mayor respeto y obedecemos en todo sus preceptos. »

— « Los Turcos, dijo, han hecho un Dios de su profeta, y oran en su sepultura como unos idólatras. ¡Malditos sean los que dan al criador un igual! ¡Ojalá los estermine el sable! »

Y prorrumpiendo cada vez con mas violencia en inectivas contra los Turcos, censuró el uso de la pipa, del vino y de las carnes impuras. Esta-

ba yo harto contento de haber salido tan bien de su peligroso interrogatorio, para atreverme á contradecirle en puntos insignificantes, y le dejé creer que despreciaba la mala yerba (que así llamaba él al tabaco), cosa que hizo sonreír al Drayhy quien sabia muy bien que el mayor sacrificio para mí era la privacion del fumar, y que aprovechaba todos los instantes en que podia impunemente sacar de su escondite mi amada pipa: — aquel dia sobre todo la deseaba con mas ahinco que nunca por haber hablado mucho y tomado café muy fuerte.

Pareció el rey encantado de nuestra conversacion y me dijo:

— « Veo que siempre se aprende algo. Yo siempre habia creído que los cristianos eran los hombres mas supersticiosos del mundo, y ahora estoy convencido de que se acercan á la verdadera religion mucho mas que los Turcos. »

Todo bien considerado, Ebn Sihoud es hombre instruido y muy elocuente, pero fanático en sus opiniones religiosas; tiene una muger legitima y una esclava, dos hijos casados y una hija doncella. No come mas que alimentos preparados por sus mugeres, de miedo de que le envenenen; la custodia de su palacio está confiada á un batallon de mil negros bien armados, pero pue-

de reunir en sus estados un millon y quinientos mil Beduinos capaces de salir á campaña. Cuando quiere nombrar un gobernador de provincia, manda llamar al que destina á este cargo y le convida á comer con él; despues de la comida, hacen juntos las abluciones y la oracion; luego el rey, armándose con un sable, le dice.

— « Te he elegido, por orden de Dios, para gobernar á sus esclavos; sé humano y justo; recauda puntualmente el diezmo, y haz cortar las cabezas de los Turcos é infieles que dicen que Dios tiene un igual; no permitas á ninguno de ellos establecerse en nuestro territorio. ¡Dignese el Señor dar la victoria á los que creen en su unidad! »

En seguida le entrega un papelito en que se manda á los habitantes que obedezcan en todo al gobernador, so pena de severos castigos.

Al dia siguiente visitamos las cuadras del rey: es imposible, creo, para un aficionado á caballos, ver nada mas hermoso. Reparé primeramente en ochenta yeguas blancas, puestas en una sola hilera, todas de incomparable hermosura, y tan exactamente iguales que no se podian distinguir una de otra; eran tan blancas y relucientes que deslumbraban. Otras ciento de diversos colores, pero igualmente hermosas, ocupaban otra caballeriza, y á pesar de mi aversion á los caballos

desde el cruel accidente que estuvo á pique de costarme la vida, no acierto á espresar la admiracion que me causaron.

Aquella noche cenamos en casa del general en jefe Hedal, que se reconcilió con el Drayhy; tambien estuvo muy cortés con nosotros el famoso Abó Nocta que se hallaba presente. Varios dias estuvimos reunidos en asambleas secretas para tratar de nuestros asuntos con Ebn Sihoud; pero dejó á un lado, por superfluos, los pormenores de aquellas juntas; baste decir que ajustó una alianza con el Drayhy y que declaró que *ya no dirigia mas que una sola alma sus dos cuerpos*. Terminado el tratado, hizonos por primera vez comer con él, y probó cada plato antes de ofrecérsle. Como nunca habia visto comer mas que con los dedos, hice una cuchara y un tenedor de palo, estendí mi pañuelo á guisa de mantel, y empecé á comer al uso europeo, lo que le divirtió mucho.

— « Gracias á Dios, dijo, cada pueblo crée que sus usos son los mejores, y así todos estan contentos con su suerte. »

Fijada nuestra partida para el dia siguiente, el rey nos envió de regalo siete de sus mas hermosas yeguas, conducidas del freno por otros tantos esclavos negros, montados en camellos *negui*, y cuando cada uno de nosotros eligió la suya nos presentaron un sable, cuya hoja era muy her-

mosa, pero cuya vaina no tenia ningun adorno; igualmente hizo dar á nuestros servidores sables mas ordinarios, *machlas* y cien *talaris*. Despedimonos de Ebn Sihoud con las ceremonias de costumbre, y nos acompañaron hasta fuera de las murallas todos los grandes de su corte: cuando llegamos á la puerta, el Drayhy se paró, y volviéndose hácia mí, me dijo que pasase el primero, pues queria, añadió sonriendo, cumplir su promesa, — y, lo confieso, á pesar de todos los agasajos que habíamos recibido en los últimos dias, las angustias que pasé al principio me habian hecho tal impresion que salí de la ciudad retozándome de gozo el corazon.

Tomamos el camino del pais de Heggias, durmiendo cada noche en las tribus que cubrian el desierto. El quinto dia, despues de haber pasado la noche bajo las tiendas de El Henadi, nos levantamos con el sol y salimos para ensillar nuestros dromedarios á quienes con grande asombro hallamos con la cabeza enterrada en la arena, de donde nos fué imposible hacérsela sacar. Llamamos en nuestra ayuda á los Beduinos de la tribu quienes nos dijeron que el instinto de los camellos los movia á esconderse de aquella suerte para evitar el *simoun*, que aquello era un presagio de este terrible viento del desierto, que no tardaria en romper, y que no podíamos poner-

nos en camino sin volar á una muerte segura. Los camellos, que sienten con dos ó tres horas de anticipacion que se acerca ese terrible azote, se vuelven al lado opuesto al viento, y se meten en la arena, siendo imposible hacerles mudar de postura para comer ó beber durante toda la tempestad, aunque no cese en muchos dias: la Providencia les ha dado este instinto de conservacion, que nunca los engaña. Cuando supimos lo que nos amenazaba, participamos del terror general, y nos apresuramos á tomar todas las precauciones que nos indicaron. No basta poner los caballos á cubierto; es preciso ademas cubrirles la cabeza y taparles las orejas, pues de lo contrario los sofocarian los torbellinos de una arena menuda y sutil que el viento impele con furor. Los hombres se reunen bajo las tiendas, tapan las aberturas con sumo cuidado, despues de haberse provisto de agua, que ponen al alcance de su mano, y luego en el suelo, cubierta la cabeza con su *machlu*; así se están todo el tiempo que dura el huracan asolador.

Aquella mañana todo el campamento estuvo alborotado; todos ponian en seguridad sus ganados y luego iban con toda prisa á refugiarse en sus tiendas. Apenas habiamos tapado la cabeza á nuestras hermosas yeguas *nedgdís*, empezó la tormenta; furiosas ráfagas traian nu-

bes de una arena roja y ardiente que se arremolinaba con impetu y derribaba cuanto hallaba al paso; hacinándose en colinas, enterraba cuanto tenía fuerza para resistirle. Si, en aquellos momentos, toca la arena alguna parte del cuerpo, la carne se inflama como al contacto de un hierro incandescente. El agua que debia refrescarnos estaba abrasando, y la temperatura de la tienda era mas alta que la de un baño turco. Diez horas duró la tempestad en su mayor furia, y luego fué disminuyendo gradualmente durante seis horas; si dura una hora mas, todos pereceremos sofocados. Cuando nos resolvimos á salir de nuestras tiendas presenciamos un horrible espectáculo; cinco niños, dos mugeres y un hombre yacian muertos sobre la arena todavía ardiente, y muchos Beduinos tenían la cara ennegrecida y enteramente tostada, como por la boca de un horno encendido. Cuando el viento del *simoun* hiere á un infeliz en la cabeza, la sangre le sale á chorros por la boca y las narices, se le hincha la cara, se pone negro y pronto muere ahogado. Dimos gracias al Señor de que nos hubiese libertado de aquella terrible plaga cuando nos hallábamos en medio del desierto, en cuyo caso nuestra muerte era segura, y cuando el tiempo nos permitió salir del campamento de Henadi, en doce horas de camino llegamos á nues-

tra tribu, donde abrazé á Jeque Ibrahim con un verdadero amor filial; pasamos algunos días contando nuestras aventuras, y cuando reposé enteramente de mis fatigas, me dijo el señor Lascaris.

— « Hijo mio, ya nada tenemos que hacer aquí; gracias á Dios, todo está terminado, y el resultado de mi empresa ha sobrepujado á mis esperanzas; ahora es preciso que vayamos á dar cuenta de nuestra mision. »

Separámonos de nuestros amigos con la esperanza de volverlos á ver en breve al frente de la expedicion á que habíamos abierto el camino y allanado la senda. Pasando por Damasco, Alepo y la Caramania, llegamos á Constantinopla el mes de abril al cabo de noventa dias de marcha, muchas veces entre nieves. En aquel fatigoso viage perdí mi hermosa yegua nedgdié, regalo de Ebn Sihoud, que pensaba vender lo menos en treinta mil piastras, pero aquello no era mas que un prelude de las desgracias que nos esperaban. La peste assolaba á Constantinopla; el general Andreosi nos hizo alojarnos en Keghat-Kani donde pasamos tres meses haciendo cuarentena, y entonces supimos la funesta catástrofe de Moscou y la retirada del ejército francés sobre Paris. El señor Lascaris estaba desesperado y no sabia qué partido tomar; despues de dos meses

de incertidumbre, se resolvió á volver á Siria á aguardar el resultado de los sucesos. Embarcámonos en un buque cargado de trigo; una furiosa tempestad nos arrojó á Chios, donde volvimos á hallar la peste. M. de Bourville, consul de Francia, nos proporcionó un alojamiento donde estuvimos encerrados dos meses. Habiendo perdido casi todos nuestros efectos en la tempestad, y no pudiendo comunicar con el pueblo, á causa del contagio, nos hallamos desnudos y espuestos á grandes privaciones.

En fin volvieron á abrirse las comunicaciones. El señor Lascaris, habiendo recibido una carta del consul general en Esmirna que le invitaba á ir á conferenciar con los generales Lallemand y Savari, se decidió á ir allá, y me permitió que fuese á pasar una temporada con mi pobre madre, á quien no habia visto hacia seis años.

Como mis viages no tienen ya nada que sea interesante, paso por alto el intervalo que trascurrió desde mi separacion del señor Lascaris hasta mi vuelta á Siria, y llego al triste desenlace.

Hallándome en Latakié al lado de mi madre, y aguardando de un dia á otro un buque que pudiese llevarme á Egipto, donde me habia citado el señor Lascaris, veo llegar un bergantin de

guerra francés; voy á recoger mis cartas y recibo la cruel noticia de la muerte de mi bienhechor en el Cairo. Nada puede dar una idea de mi desesperacion; yo queria al señor Lascaris como á un padre, y perdía ademas con él todo mi porvenir. M. Drovetti, consul de Francia en Alejandria, me escribia que acudiese sin demora á verle: — cuarenta dias pasé sin poder hallar ocasion de embarcarme, y cuando llegué á Alejandria, M. Drovetti habia partido para el Alto Egipto; seguíle, le alcancé en Asscut, y me dijo que como el señor Lascaris habia llegado á Egipto con pasaporte inglés, M. Salt, consul de Inglaterra, se habia apoderado de todos sus efectos: instóme á dirigirme á él para que se me pagasen los sueldos (quinientos talaris anuales) que se me debian hacia seis años, y me recomendó sobre todo que insistiese con empeño en obtener el manuscrito del viage del señor Lascaris, documento de suma importancia.

Volví inmediatamente al Cairo, donde M. Salt me recibió con mucha frialdad y me dijo que como el señor Lascaris habia muerto bajo proteccion inglesa, habia enviado sus efectos y sus papeles á Inglaterra. Todos mis pasos fueron vanos: pasé mucho tiempo en el Cairo con la esperanza de lograr que se me pagasen mis sueldos

y de obtener los papeles del señor Lascaris, hasta que al cabo M. Salt me amenazó con hacerme prender por las autoridades egipcias, y solo merced á la generosa proteccion de M. Drovetti escapé de aquel peligro. Por último, cansado de aquella lucha infructuosa, salí de Egipto y volví á Latakíe al lado de mi familia, mas desdichado y menos rico que cuando la dejé al salir de Alepo por la primera vez.

FIN DE LA RELACION DE FATALLA SAYEGHIR.